

seres humanos, en el decir de Nietzsche, una prisión de la cual no pueden escapar. O, en el decir de Heidegger, la morada de su ser.

Segundo Postulado: Cuestiona la concepción tradicional del lenguaje y reconoce, que el lenguaje no sólo nos permite hablar 'sobre las cosas': el lenguaje hace que sucedan las cosas. Abandona su papel pasivo-descriptivo de la realidad para adoptar un papel activo: generador del ser. No estamos negando la existencia de 'una realidad externa', decimos, en cambio, que todo lo que hablamos se encuentra dentro del dominio del lenguaje. Al postular su rol generativo sostenemos que el lenguaje es acción. No sólo hablamos de las cosas, sino alteramos el curso espontáneo de los acontecimientos: hacemos que las cosas ocurran y participamos en el proceso activo del devenir.

El núcleo básico de la ontología del lenguaje descansa en una modificación del significado de seres humanos, lenguaje y acción. Porque cuando hablamos modelamos el futuro, el nuestro y el de los demás. Pero además modelamos nuestra identidad y el mundo en el que vivimos. La forma como operamos con el lenguaje es el factor más importante, quizá, para definir la forma en que nos vemos a nosotros mismos y que nos ven los demás. Descubriremos pronto cómo la identidad personal es un fenómeno estrictamente lingüístico. Lo mismo sucede con el mundo en el que vivimos. Poblados de entidades, relaciones, acciones y eventos, nuestro mundo se constituye en el lenguaje. Distintos mundos emergen de las distinciones lingüísticas que hacemos, de la manera en que las relacionamos entre sí de acuerdo al tipo de juegos de lenguaje con los que operamos en él.

Tercer Postulado: desde una perspectiva tradicional, cada individuo nace dotado de una particular forma de ser. La vida, desde esta perspectiva, es un espacio en el cual esta forma de ser se revela y se despliega.

En la ontología del lenguaje la posición es radicalmente diferente. Ella sostiene que la vida es el espacio en el que los individuos se inventan. Como nos dice Nietzsche, en el ser humano la creatura y el creador se unen. El ser humano no es una forma de ser determinada, ni permanente, es un espacio de posibilidad hacia su propia creación. Y aquello que lo posibilita es la capacidad generativa del lenguaje. Ser humano es estar en un proceso permanente de devenir, de inventarnos y reinventarnos dentro del desarrollo histórico. No sabemos lo que somos capaces de ser, no sabemos en lo que podemos transformarnos. Nuestro ser es indeterminado, es un 'espacio abierto de juego' apuntando hacia el futuro.

Nuestra comprensión ontológica de nosotros mismos nunca puede darnos una respuesta concreta a la pregunta de lo que significa ser humano. Nuestro ser es un campo abierto al acontecimiento y al diseño.

Esta estructura general de posibilidades, es lo que Martin Heidegger llamó Dasein, el "ser-en-el-mundo" que somos. Ontología es la indagación en el Dasein. Los seres humanos habitan en el lenguaje.

Somos una construcción lingüística que, vista desde una óptica metafísica, pareciera oscilar entre la realidad y la ficción. Una especie de burbuja lingüística.

En vez de plantear cómo son las cosas, preferimos hablar de cómo interpretamos que son. Es importante recordar lo que nos dice Maturana al respecto, que todo lo dicho es siempre dicho por alguien y, en lo posible, no esconder al orador tras las formas en que son dichas las cosas. No sabemos cómo son las cosas, sino cómo las observamos y cómo las interpretamos. Vivimos en mundos interpretativos.

Maturana ha argumentado sobre las dificultades que encontramos al suponer que nuestras percepciones corresponden a las entidades que pueblan nuestro mundo exterior. Nuestras percepciones, nos señala, resultan de nuestra estructura interpretativa ya que nuestros sentidos no nos proporcionan una fiel representación de cómo son las cosas, independientemente del observador que las percibe.

El lenguaje, sostenemos, no es inocente. Toda proposición, toda interpretación, abre y cierra determinadas posibilidades de vida, habilita o inhibe determinados cursos de acción. A esto nos referimos cuando hablamos de las diversas interpretaciones de los seres humanos.

La tendencia humana a la búsqueda de sentido a la que hemos hecho anteriormente referencia, se manifiesta en el lenguaje a través de la invención y adopción de historias sobre nosotros y el mundo. Lo que somos, nuestra identidad personal, es una construcción lingüística como lo es, también, la dirección que proyectamos a nuestras vidas, nuestro lugar en la comunidad, en el mundo. Es decir, la acción genera ser. Uno deviene de acuerdo a lo que hace. No hay divorcio entre ser y acción. El ser, ya dijimos, se manifiesta en el devenir, es sólo un momento una cara de ese devenir. La otra cara es ese polo de tensión que enfrenta al ser con su disolución y con las posibilidades de transformación. La acción, por lo tanto, no es sólo la epifanía del ser que se despliega en el mundo, es también la posibilidad que ese ser se trascienda a sí mismo y devenga un ser diferente.

Postulamos que el lenguaje no se desarrolla con un ser humano aislado. El lenguaje nace de la interacción social entre los seres humanos. En consecuencia es un fenómeno social, no biológico. Los seres humanos vivimos en un mundo lingüístico.

La novedad de esta función se sostiene también en el plano ontológico original en que se sitúa. La expresión derivaría de un pensar anterior a ella; la expresión iría del interior al exterior. La acción cultural no expresa un pensar previo, sino al ser, al cual, encarnada, ya pertenece. El pensar mismo se inserta en la cultura a través del gesto verbal del cuerpo que lo precede y lo supera. Le agrega, como dice Levinas, algo nuevo a la cultura, la ilumina, la guía. Es evidente que el lenguaje por el cual la significación se produce en el ser es un lenguaje hablado por espíritus encarnados. Por el cuerpo el pensar se sumerge en el mundo que piensa y, en consecuencia, expresa este mundo al mismo tiempo que lo piensa. Nos dice Levinas que el gesto corporal es la celebración del mundo, poesía.

Es evidente que, en toda esta concepción, la expresión define la cultura, que la cultura es arte y que el arte o la celebración del ser constituye la esencia original de la encarnación. El lenguaje, como expresión, es ante todo, el lenguaje creador de la poesía. La cultura y la creación artística forman parte del orden ontológico mismo. Son ontologías por excelencia: hacen posible la comprensión del ser. No es por azar que la cultura haga una exaltación de lo artístico dado su rol relevante en la vida espiritual contemporánea: los museos, los teatros, las exposiciones, como en otro tiempo los templos, hacen posible la comunión con el ser y que la poesía pase por plegaria. De esta manera, la expresión artística reunirá al ser en significación y reunirá a los poetas y a los filósofos en la epifanía del ser, convertido el Dasein en servidor y guardián.

Poetas y filósofos traen hasta la palabra lo no-dicho, sin decir jamás todo. Todas las expresiones que el ser recibió y recibe en la historia serían verdaderas, porque la verdad sería inseparable de su expresión histórica y, sin su expresión, el pensar no piensa nada.

No creemos que se pueda prescindir de Dios, y que tampoco la idea del ser o del ser del ente puedan sustituirlo para conducir las significaciones hacia la unidad de sentido sin la cual no hay sentido. Es el análisis

del sentido lo que debe manifestar la noción de Dios que el sentido oculta de manera tal que, como dice Heidegger, le va en su existencia la existencia misma.

La significación cultural que se revela horizontalmente, se revela a partir de un mundo histórico al que pertenece; fenomenológicamente diremos: revela los horizontes de este mundo. Esta presencia consiste en venir hacia nosotros, en presentarse. El fenómeno que es la aparición del otro, es también rostro. Podríamos decir, que la epifanía del rostro es una visitación, ese rostro nos habla. La manifestación del rostro es el primer discurso, es una apertura en la apertura. La desnudez del rostro es indigencia, es súplica y esa súplica, exigencia. La humildad se une a la grandeza.

Lenguaje y acontecer

Al hablar y al escribir, utilizamos formas típicas ya asentadas en la comunidad en la que vivimos. Estas formas típicas son los elementos mediadores que permiten establecer una correlación entre el desarrollo de la sociedad y el de la lengua.

En la visión dialógica del discurso desaparece la dicotomía entre lo individual y lo social al establecer la relación entre las elecciones lingüísticas que individualmente hacemos en el marco de las ya asentadas en la comunidad en la que vivimos.

Para ello es importante que empecemos a reconocer que los seres humanos somos eminentemente sujetos discursivos que actualizamos discursos sociales en una acción comunicativa significativa. Esta perspectiva considera al lenguaje no sólo como un sistema de formas lingüísticas sino como un sistema de valores ontológicos, sociales y culturales que incluye en la construcción misma al sujeto.

¿Cuál es el sentido del lenguaje para el hombre? ¿Cómo acontece el lenguaje? ¿Quién es el hombre? Aquel ser que debe dar testimonio de lo que es, de su pertenencia a la tierra y al tiempo. El hombre, a su vez, da testimonio de su pertenencia a la intimidad de las cosas creando y destruyendo mundos, obra que realiza desde su libertad, por lo tanto, como historia.

Para que sea posible la historia se le ha dado al hombre el lenguaje. El lenguaje es un bien y a la vez un

◆ “De tal manera la palabra atraviesa lo humano, que no es posible hablar de lo anterior a ella. ¿Cómo decir del mundo que no haya sido visto por ojos humanos? ¿Cómo nombrarlo? No podemos salir del lenguaje. Estamos allí, en el medio, prisioneros, constantemente ‘dichos’ y ‘obligados a decir’. Fuera de esta relación no hay existencia posible”.

peligro. Puede revelar el ser o confundirlo; le permite al hombre estar abierto a los entes. "Sólo donde hay lenguaje hay mundo, sólo donde hay mundo hay historia".

El lenguaje nos habita. Nos habla de nosotros y de los nuestros con una certidumbre ancestral. Siempre en ese tajo que se abre entre la intención y lo dicho, todo lo humano se hunde. La palabra, sin embargo, se salva y al salvarse nos acerca hacia alguna orilla.

A través del lenguaje los humanos buscamos ordenar la realidad. Al nombrarla somos capaces de objetivarla y de crear un mundo de entidad lógica. Al mundo en sí de la materia le agregamos otro mundo, uno edificado por el lenguaje que responde a una lógica más o menos compartida en un tiempo y en un espacio determinado. La materia investida como mundo a través de la palabra, es dos veces realidad. La palabra nos remite al mundo. Uno no existe sin la otra y esa relación inaugura todo lo humano que acontece. Antes de la palabra no hay mundo ni humano porque la palabra inaugura, es nombre y existencia. Pero tampoco hay palabra sin lo humano, sin esa parte del mundo que habla. Fenómeno constitutivo y constituyente: porque lo humano habla, es hablado por la palabra. El hombre se manifiesta como un ente que habla, dice Heidegger.

De tal manera la palabra atraviesa lo humano, que no es posible hablar de lo anterior a ella. ¿Cómo decir del mundo que no ha sido visto por ojos humanos? ¿Cómo nombrarlo? No podemos salir del lenguaje. Estamos allí, en el medio, prisioneros, constantemente 'dichos' y 'obligados a decir'. Fuera de esta relación no hay existencia posible.

Martin Heidegger afirma que "el hombre se comporta como si fuera el forjador y el dueño del lenguaje, cuando es éste, y lo ha sido siempre, el que es señor del hombre; (...) en realidad quien habla es el lenguaje. El hombre habla, antes que nada y solamente, cuando corresponde al lenguaje, cuando escucha la exhortación de éste (...). El lenguaje es lo primero, y también lo último que, con una seña dirigida a nosotros, nos lleva a la esencia de una cosa".

El lenguaje tiene sus raíces en la estructura existencial del 'estado de abierto' del 'ser ahí' y tiene su fundamento ontológico-existencial en el habla. Comprender el mundo, este 'ver en torno' que nos es propio implica el habla porque la comprensibilidad es articulada. El lenguaje es la 'forma mundana' del habla.

La comunicación aparece entonces en todo su fundamento ontológico. Se trata no de poner fuera algo que estaba dentro, no es un vehículo a la manera

de como comúnmente se la entiende, o un canal, sino que implica el dar parte de algo. En ella se constituye la articulación del 'ser uno con otro' y allí ya es afuera, es 'ex-presado'. Y el abrir la existencia es la meta del 'habla poética' y del diálogo verdadero.

Los hombres somos conversación, pero la conversación no es un simple modo de lenguaje, presupone el poder oírse mutuamente. Sólo el poder oír requiere, a su vez, la posibilidad de la palabra. Poder hablar y poder oír, son igualmente originarios.

Heidegger: arte y poesía

La preocupación por la esencia de la poesía ocupa gran parte de la obra de Martin Heidegger, y al ocuparse de la poesía no se sale de su tema: la verdad del ser. Al igual que para los griegos, el arte no es primariamente belleza o armonía sino 'Verdad'. Sostiene que la estética aparece en Grecia cuando el gran arte griego ha concluido; la esencia del arte se esconde en la obra de arte. Ésta es una patentización del mundo en su cuádruple constelación. La tensión tierra-cielo se nos presenta bajo la denominación 'tierra-mundo'. De ahí que el término mundo se resienta de cierta ambigüedad. La esencia de la obra de arte consiste en instalar un mundo; instalar es dedicar y celebrar. Dedicar es consagrar: poner lo sagrado como sagrado, evocando a los dioses para que hagan acto de presencia.

Donde hay tierra, hombres y dioses hay mundo. La poesía abre un mundo, a través de la palabra y "lo deja estar". Pero la poesía no consiste sólo en instalar un mundo sino en elaborar la tierra. La tierra es lo cerrado, lo inescrutable. Elaborar la tierra es "patentizarla como lo que se cierra".

La unidad de mundo y tierra consiste en una pugna o forcejeo mutuo. El mundo trata de clarificar la tierra; ésta se obstina en reincorporar al mundo, retenerlo, abrigarlo. Ese carácter de lucha no destruye la unidad. El mundo es mundo de la tierra, como la tierra es tierra del mundo; es decir, el mundo no es pura claridad, sino la claridad de lo que tiende a ocultarse, y la tierra no es pura ocultación, sino ocultación de la claridad.

Al ser la obra de arte una lucha entre apertura y encubrimiento, entre iluminación y ocultación (mundo-tierra), la obra de arte realiza la esencia misma de la verdad, como aletheia, descubrimiento. Por eso, para Heidegger la belleza no es otra cosa que hacerse presente la verdad. El arte es poesía, ya que la verdad como iluminación y ocultación acontece radicalmente en la poesía;

poesía es la desnudez originaria. La poesía es donación, instalación, desbordamiento, regalo, es un "ir a tomar agua de la fuente". El arte es comienzo; comienzo que tiene lugar tantas veces como el ente en su totalidad exige apertura. La poesía es origen, porque hace 'surgir' la verdad del ente en la obra y con ello la existencia histórica de un pueblo.

¿Quiénes abren el diálogo? La misión es confiada a los poetas, ellos ponen al descubierto el ser del ente. "Poetizar es la fundación verbal del ser".

Vivir poéticamente es estar en presencia de Dios y en cercanía esencial con las cosas. La existencia humana es poética, es decir, fundada, una donación.

¿Qué es lo que se funda al poetizar? El ser, por lo tanto, el mundo, las cosas, Dios. Si el hombre aspira a alcanzar la esencia de las cosas, tiene que ir a tomarla donde se le da: en el lenguaje. El lenguaje es la casa del ser; pero el lenguaje sólo nos franquea la entrada al ser si sabemos escucharlo. El hablar y decir auténticos son un escuchar el lenguaje.

Así en la modernidad, el lenguaje ha escondido su faz íntima, la de revelar lo pensado, de oír lo diferente y el hombre se ha olvidado, también, de escuchar.

¿Cuál deberá ser la tarea del hombre del futuro, qué deberá hacer para recobrar la plenitud humana que no es solamente razón lógica, sino también imaginación y sentimiento?

Tal vez se trate de estar a la escucha, si es que se quiere oír. Y como el hombre es tiempo e historia, el lenguaje debe expresarnos única e intransferiblemente, pues la palabra trasluce el mensaje que somos ya que abrimos nuestro espíritu al otro a través de ella. Por eso es necesario transformar nuestra actual relación con el lenguaje, una relación fundada en lo meramente instrumental. Porque el lenguaje es nuestra morada y nuestro elemento; somos sus huéspedes pero a la vez sus anfitriones. Y esta urdimbre de mundo y palabra somos, en cada caso, nosotros mismos.

Bibliografía:

- Bajtín, M. M.: *Estética de la creación verbal*. Ed. Siglo XXI, México 1997.
Echeverría, R.: *Actos del lenguaje*. Ed. Garnica, Chile 2010.
Echeverría, R.: *Ontología del lenguaje*. Ed. Garnica, Buenos Aires 2005.
Heidegger, M.: *El Ser y el Tiempo*. Fondo de Cultura

Económica, México 1993.

Heidegger, M.: *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal, Barcelona 1994.

Heidegger, M.: *Acerca del evento*. Ed. Almagesto, Buenos Aires 2003.

Heidegger, M.: *Carta sobre el Humanismo*. Ed. Huascar, Lima 1969.

Heidegger, M.: *Sobre el Comienzo*. Ed. Biblos, Buenos Aires 2007.

Kovadloff, S.: *El silencio primordial*. Ed. Emecé, Buenos Aires 1993.

Levinas, E.: *Humanismo del otro hombre*. Ed. SigloXXI, Madrid 2009.

Maresca, S.: *La muerte de Dios y el filósofo experimental*. Ed. Alianza, Buenos Aires 2007.

Maresca, S.: *En la senda de Nietzsche*. Ed. Catálogos Argentina, Buenos Aires 1991.

Warley, J.: *La cultura, versiones y definiciones*. Ed. Biblos, Buenos Aires 2003.

